

CUÍDATE DEL 13° SIGNO



ZODÍACOC



ROMINA RUSSELL

Zodiaco

Zodiaco

Cuídate del 13° signo

Romina Russell

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Dedicatoria](#)

["Gracias a mis lecturas..."](#)

[Cuento popular canceriano de origen y autor desconocidos](#)

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[Agradecimientos](#)

Russell, Romina

Zodíaco : cuídate del 13º signo / Romina Russell ; coordinado por Mónica Piacentini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Del Nuevo Extremo, 2015.
E-Book.

ISBN 978-987-609-558-7

1. Narrativa Estadounidense. I. Piacentini, Mónica, coord. II. Título
CDD 813

© 2014, Romina Rusell

Título en inglés: *Zodiac, beware the 13th sign*

© 2014, Penguin Group (USA) LLC

by Razorbill, una división de Penguin Young Readers Group
All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form. This edition published by arrangement with Razorbill, an imprint of Penguin Young Readers Group, a division of Penguin Random House LLC

© de esta edición, 2015, Editorial Del Nuevo Extremo S.A.

A. J. Carranza 1852 (C1414 COV) Buenos Aires Argentina

Tel / Fax (54 11) 4773-3228

e-mail: editorial@delnuevoextremo.com

www.delnuevoextremo.com

Traductora: Jeannine Emery

Corrección: Martín Felipe Castagnet

Diseño de tapa: Vanessa Han // Adaptación de tapa: ML

Diseño interior: ER

Primera edición en español: abril de 2015

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor.

Digitalización: Proyecto451

Para mis padres y mi hermana, las estrellas que guían mi universo.

Y para mi abuelo Bebo, gracias por compartir conmigo el mágico mundo de los libros.

“Gracias a mis lecturas conseguí cultivarme y aceptar muchas cosas y desgracias, mundiales y familiares. Esta es mi universidad y sigo convencido que la mejor política es educar y enseñar a leer al pueblo”.

Berek Ladowski, mi abuelo

4-1-1927 / 2-10-2014

CUENTO POPULAR CANCERIANO, DE ORIGEN Y AUTOR DESCONOCIDOS

CUÍDATE DE OCUS

*Había una vez una estrella guardiana
Cuando el Zodíaco recién se formaba
Desde muy lejos reptó esta Serpiente
Que dio origen al peor inconveniente*

*Las Doce Casas cayeron en desgracia
Y en la Víbora pusieron su esperanza
Su promesa: poner fin al desacuerdo
Ocus, dijo, era su nombre verdadero*

*En él demasiado confiaron las Casas
Y así todas terminaron traicionadas
Ocus les robó su hechizo más intenso
Una herida ni sanada por el Tiempo
Aún en guardia esperamos su regreso
Porque antes de su fuga dijo su deseo
Ver al Zodíaco arder frente a sus ojos
Por eso les decimos: Cuídate de Ocus*

PRÓLOGO

Cuando pienso en mi hogar, veo el color azul. El azul de las aguas turbulentas del mar, el infinito azul del cielo, el azul brillante de la mirada de mi madre. Algunas veces me pregunto si sus ojos eran realmente tan azules o si es el azul de la Casa de Cáncer el que los tiñe en mi recuerdo. Supongo que no lo sabré jamás, porque no guardé fotos de ella cuando me mudé a Elara, la luna más grande de nuestra constelación. Lo único que traje fue el collar.

El día en que mi hermano Stanton cumplió diez años, mi papá nos llevó a pescar nar-mejas en su *Tranco*. A diferencia de nuestro velero, construido para recorrer grandes distancias, el *Tranco* era pequeño y tenía el aspecto de una almeja partida por la mitad, con hileras de asientos flotantes, estantes de almejas para las nar-mejas, una pantalla de navegación holográfica, y hasta un trampolín que sobresalía de la proa como una lengua. El fondo de la embarcación estaba cubierto por millones de patas microscópicas, similares a los cilios de los paramecios, que nos trasladaban a toda velocidad sobre la superficie del mar de Cáncer.

Siempre me encantó asomar la cabeza por la borda y observar los diminutos remolinos ocasionales, que giraban en varias tonalidades de azul. Era como si el océano estuviera hecho de pintura en vez de agua.

Tenía solo siete años, y estaba por debajo de la edad permitida para bucear en aguas profundas, así que me quedaba en la cubierta con mamá, mientras papá y Stanton se sumergían en el agua para buscar nar-mejas. Aquel día mamá lucía como una sirena, posada en lo más alto del trampolín mientras esperábamos que los muchachos emergieran con su botín. Su cabellera larga y clara caía

sobre su espalda, y el sol destellaba en su piel color marfil y en sus ojos como orbes. Recostada sobre mi asiento mullido, intenté absorber el calor y relajarme. Pero siempre me hallaba alerta en su presencia, siempre lista para recitar datos sobre el Zodíaco cuando ella lo dispusiera.

—Rho. —Mamá saltó elegantemente de la plataforma al suelo de caparazón de almeja tallado. Enderecé la espalda cuando la vi venir—. Tengo algo para ti.

Sacó un estuche de su cartera. Mamá no era el tipo de persona que anduviera comprando regalos o acordándose de fechas especiales; era papá quien se ocupaba de eso.

—Pero no es mi cumpleaños.

Una mirada distante y familiar se adueñó de sus rasgos, y lamenté mi comentario. Abrí el estuche y saqué una docena de perlas de nar-mejas, cada una de un color diferente, todas hilvanadas en una hebra de cabello de un hipocampo plateado. Cada perla estaba espaciada a intervalos regulares, y llevaba el símbolo de una Casa del Zodíaco diferente, inscrito con la delicada caligrafía de mi madre.

—Guau —fue todo lo que atiné a decir mientras me deslizaba el collar sobre el cuello.

Ella me dirigió una rara sonrisa y se sentó en el banco al lado mío. Como siempre, olía a nenúfares.

—En tiempos arcanos —susurró, su mirada eléctrica perdida en el azul del horizonte—, los Guardianes originales gobernaban juntos el Zodíaco.

Sus historias siempre me relajaban, y me recosté sobre mi asiento, cerrando los ojos para poder concentrarme en el sonido de su voz.

—Pero cada uno de los Doce apreciaba una fortaleza diferente como la clave para mantener nuestro universo a salvo, lo que provocó desacuerdos y se agrietó la relación entre ellos. Hasta que un día llegó un desconocido que prometió restablecer el equilibrio. El desconocido se llamaba Ocus.

Todos los niños cancerianos conocían el relato de Ocus, pero la versión de mi madre no era igual al poema que teníamos que memorizar en la escuela. Al escuchar su forma de contarlo, tenía menos de mito que de lección de historia.

—Ocus se le apareció a cada Guardián con un disfraz diferente, y aseguró poseer un don poderoso... un arma secreta que inclinaría la balanza a favor de esa Casa. Al filosófico Acuario, Ocus le prometió un texto antiguo que contenía las respuestas a las preguntas más profundas del Zodíaco. A los imaginativos líderes de Géminis les prometió una máscara mágica que crearía hechizos que iban más allá de lo que el portador de la máscara pudiera imaginar. A Capricornio, la Casa más sabia de todas, le prometió un cofre de tesoros lleno de verdades reunidas de mundos más antiguos que el nuestro, mundos a los que se accedía a través de Helios.

Abrí los ojos para ver un rizo dorado agitándose sobre la frente de mamá. Sentí el impulso de apartárselo hacia atrás, pero supe que no debía hacerlo. Mi madre no era una persona *fría*, exactamente, sino solo... distante.

—Ocus le indicó a cada Guardián que se reuniera con él en un lugar secreto, donde prometió entregarle su don. Al llegar, cada uno de los Doce se sorprendió al enterarse de que los otros también habían sido convocados. Su sorpresa fue aún mayor a medida que cada uno describía al Ocus que los había visitado: la Madre Canceriana había encontrado una serpiente marina; el líder Pisciano vio un espíritu sin forma; el Guardián Sagitario se encontró con un vagabundo encapuchado, y así sucesivamente. Como ninguno había visto al mismo desconocido, los Guardianes desconfiaban de los relatos de los otros. Mientras discutían, Ocus logró escabullirse en silencio, llevándose consigo la magia más poderosa del Zodíaco: la confianza que las Casas se tenían. Solo dejó una advertencia: *“Cúidense de mi retorno, verán al Zodíaco arder frente a sus ojos”*.

—Se robó nuestra confianza, y jamás la volvimos a recuperar —dije, recitando la enseñanza que nos enseñó nuestro maestro. Acababa de comenzar la escuela la semana anterior, y queriendo causar una impresión aún mayor en mamá, proseguí—: Ocus fue el primer huérfano del Zodíaco. No pertenecía a ninguna Casa y estaba celoso de las que había en nuestra galaxia. Por eso, en Cáncer nos cuidamos entre nosotros y nos aseguramos que todos tengan un hogar.

Mamá frunció el ceño.

—¿Te refieres a que “*Todos los corazones sanos provienen de una familia feliz*”? Rho, no puedo creer que seas tan ingenua. Te he enseñado en nuestras lecciones sobre grandes individuos que provinieron de hogares destruidos, como Galileo Sprock, de Escorpio, que inventó el primer holograma hace siglos, o el famoso pacifista Lord Vaz, venerado Guardián de la Casa Libra. —Se veía ofendida—. Si vas a dejar que tus maestros te laven el cerebro, entonces tal vez no estés preparada para la escuela.

—No... fue solo algo que oí decir —le aseguré. Mamá siempre se preocupaba que el sistema escolar canceriano me lavara el cerebro. Por ese motivo, no me había enrolado a los cinco años como los demás niños de nuestra Casa. Decidió enseñarme ella misma.

Aguardé que se aclarara su mirada y no volví a interrumpirla. Sabía que mamá solo lo hacía por mi bien, pero me gustaba demasiado jugar con niños de mi edad como para volver a estudiar en casa.

—Lo *importante* de todo esto —dijo retomando el hilo de su relato— es que nuestros antiguos Guardianes prefirieron pelear entre sí en lugar de admitir que le tenían miedo al mismo monstruo. —Cuando me encontré con su mirada, su expresión se endureció—. Tú misma te enfrentarás con temores en tu vida, y las personas intentarán arrancártelos. Tratarán de convencerte de que lo que temes no es real, que solo está en tu cabeza... pero no se lo puedes permitir.

Su mirada reflexiva absorbió el azul a nuestro alrededor hasta que brilló con más intensidad que el cielo mismo.

—*Confía en tus temores*, Rho. Creer en ellos te mantendrá a salvo.

Su mirada fue tan intensa que tuve que apartarme. Cada vez que mamá se exaltaba, me preguntaba si no se trataba solo de uno de sus arranques extraños —como la vez que se puso a meditar sobre el techo de nuestra cabaña y no bajó por dos días— o si había visto algo en las estrellas.

En lugar de mirarla otra vez a los ojos, observé el agua. Un rastro de burbujas rompía la superficie; me asomé para buscar a papá y Stanton. Pero ninguno de los dos emergió del agua.

—Démonos un baño —dijo de pronto mamá. Su tono era ligero una vez más. Con un movimiento fluido, saltó al trampolín y se zambulló en el agua. Papá siempre decía que era en secreto una sirena. Me puse sus gafas de navegación para seguirle los movimientos bajo el agua y la observé girar con gracia alrededor del *Tranco*. Observarla nadar era como presenciar un ballet.

Justo en el momento en que emergió su cabeza, también aparecieron las de papá y Stanton. Papá levantó su red llena de nar-mejas sobre el trampolín, y yo arrastré la pesca del día sobre el bote. Todavía dentro del mar, papá y mi hermano se quitaron las máscaras. Por el rabillo del ojo me pareció volver a ver burbujas espumando en el agua.

—Este traje me aprieta demasiado —protestó Stanton, desabrochándose la parte superior de su traje para sacar los brazos. Me tuve que agachar para evitar la mascarilla de buceo que vino volando hacia mí. Aterrizó en el suelo con un ruido sordo. Estaba a punto de arrojar a un lado mis gafas y tirarme en el mar con ellos, cuando una masa negra rompió la superficie del agua.

La serpiente medía un metro y medio de largo, tenía la piel escamosa y ojos rojos... pero sabía por las lecciones de mi madre que su poder yacía en su mordida venenosa.

—*¡Hay una Maw al lado de ustedes!* —chillé, señalando la serpiente de mar. Stanton gritó al tiempo que la Maw se lanzó sobre él y, antes de que mis padres pudieran llegar al lado de mi hermano, la serpiente le hundió los dientes en el hombro.

Stanton soltó un grito de dolor, y mamá se zambulló en el agua y nadó más rápido de lo que jamás vi nadar a nadie. Metió una mano debajo de su brazo sano y tiró de él hacia papá. Yo me quedé mirando, demasiado aterrada para que se me ocurriera cómo ayudar.

A través de las lentes especiales de las gafas, pude ver a la serpiente nadando en círculos alrededor de nosotros y aguardando que su veneno se esparciera e inmovilizara a su víctima, para poder engullirla. Los brillantes ojos rojos de las Maw pueden atravesar la oscuridad, que es donde se supone que viven, en la Grieta, a una profundidad de cientos de brazas. Jamás creí que podrían ascender tanto.

Mientras papá llevaba a Stanton en brazos al barco, los ojos azules de mamá centellearon y sus labios se replegaron en una mueca feroz. Nunca la había visto así: tan furiosa y tan *salvaje*.

Luego desapareció bajo la superficie.

—¡Mamá!

Me volví a papá desesperada, pero estaba inclinado sobre Stanton, succionando de la herida en el hombro el veneno de la Maw. Volví a distinguir a mamá entre el oleaje: estaba alejando a la Maw de nosotros, pero la serpiente le estaba dando alcance a toda velocidad, y estaba a punto de atacar.

Me quedé paralizada. Ni siquiera pude gritar; solo observar. Mis manos se aferraron con fuerza al borde del *Tranco*, y no estaba segura de poder aguantar durante mucho tiempo más los latidos de mi corazón. Entonces, mamá dejó de nadar y se dio vuelta para enfrentar a la serpiente.

Algo plateado brilló en su mano. Parecía la hoja de la cuchilla que papá usaba para abrir las nar-mejas: él siempre

la llevaba consigo cuando se internaba en el mar, y ella debió tomarla de su cinturón antes de sumergirse en el agua. Cuando la Maw arremetió con la boca para morderla, mamá levantó la mano y cercenó a la serpiente por la mitad.

Solté un grito entrecortado.

—¡Rho! —gritó papá—. ¿Dónde está mamá?

—Está... viva —jadeé—, y allí viene. —Al ver la figura pálida e inconsciente de Stanton, volví a sentir pánico—. ¿Él...?

—Logré sacarle el veneno, pero hay que llevarlo a un sanador —dijo papá, encendiendo el motor del *Tranco* y dirigiéndolo hacia mamá. Ella se valió del trampolín para subir y aterrizó con suavidad sobre el bote. Apenas hubo entrado, papá arrancó a toda velocidad.

Mamá se sentó al lado de Stanton, y apoyó la mano sobre su frente. Creí que le iba a contar a papá que había partido en dos al Maw, pero en cambio se quedó sentada en silencio. Me pareció increíble lo valiente que había sido. Nos salvó.

—¿Qué Helios hacía una Maw en los bajos? —caviló papá para sí. Tenía los ojos vidriosos y respiraba con dificultad. No volvió a hablar después de eso, volviendo a su habitual silencio. Ayudé a mamá a separar las nar-mejas en los estantes, y cuando terminamos, nos quedamos al lado de Stanton.

—Mamá, lo siento —mascullé, y las lágrimas comenzaron a caer antes de que pudiera detenerlas—. No sabía qué hacer...

—No te preocupes, Rho —dijo mamá. Me sorprendió al extender la mano para ajustar el collar de perlas de modo que el Cangrejo se ubicara justo en el medio de mi pecho—. Aún eres joven: por supuesto que el mundo te parece un lugar amenazante. —Luego me miró —miró dentro de mí — y todo lo que quedó fuera de su mirada blindada se volvió borroso.

—Aférrate a tus temores —susurró—. Son reales.

1

Doce símbolos holográficos flotan por el corredor de la Academia, deslizándose entre las personas como fantasmas coloridos. Los signos representan las Casas de nuestro Sistema Solar Zodiacal, y desfilan para promover la unidad. Pero todo el mundo está demasiado alborotado por el Cuadrante Lunar de esta noche como para echarles un mínimo vistazo.

—¿Estás preparada para esta noche? —me pregunta mi mejor amiga, Nishiko, una estudiante de intercambio de Sagitario. Sacude la mano frente a su *locker* y este se abre al instante.

—Sí... para lo que no estoy preparada es para este examen —le digo, mientras sigo observando los doce signos que atraviesan la escuela sin rumbo fijo. Los acólitos no están invitados a la celebración, así que hemos organizado nuestra propia fiesta en el campus. Y después de la brillante idea de Nishi de sobornar al staff del comedor para que agregara nuestra nueva canción a la *playlist* de la hora de almuerzo, nuestra banda salió elegida para tocar en el evento.

Meto los dedos en el bolsillo de mi abrigo para asegurarme de que los palillos siguen ahí, justo cuando Nishi cierra su *locker* de un portazo.

—¿Te han explicado por qué tienes que volver a tomarlo?

—Seguramente el mismo motivo de siempre: nunca entrego los trabajos.

—No sé... —Nishi frunce el ceño con ese gesto tan típicamente sagitario que significa “siento curiosidad por todo”—. Tal vez quieran saber más acerca de lo que leíste en las estrellas la última vez.

Sacudo la cabeza.

—Solamente lo vi porque no uso un astralador para mis adivinaciones. Todo el mundo sabe que la intuición tiene un límite para leer las estrellas.

—El hecho de que tengas un método diferente no significa que estés equivocada. Creo que quieren saber más acerca de tu presagio. —Espera que le diga algo más acerca de ello, y cuando no lo hago, insiste—: ¿Dijiste que era negro? Y... ¿se retorció?

—Sí, así parecía —digo entre dientes. Nishi sabe que no me gusta hablar de esa visión, pero pedirle a un sagitario que reprima su curiosidad es como pedirle a un canceriano que abandone a un amigo que necesita ayuda. No está en nuestra naturaleza.

—¿Lo has visto de nuevo, digo, desde el examen? —dice, presionándome.

Esta vez no respondo. Los símbolos están dando vuelta en la esquina. Apenas logro distinguir el pez de Piscis antes de que desaparezcan.

—Me tengo que ir —digo finalmente, con una pequeña sonrisa para que sepa que no estoy enfadada—. Te veo sobre el escenario.

Acólitos inquietos siguen pululando por los corredores, así que nadie me ve entrar en la clase vacía de la instructora Tidus a hurtadillas. Dejo las luces apagadas y me dejo guiar por el instinto a través del espacio oscuro.

Cuando llego al escritorio de la profesora, tanteo sobre la superficie hasta que mis dedos se topan con el frío metal. Aunque sé que no debo hacerlo, enciendo la Efemeris. Las estrellas perforan la oscuridad.

Flotando en el medio del salón, incontables puntitos de luz parpadeante forman una docena de constelaciones diferentes: las Casas del Zodíaco. Alrededor de las estrellas giran grandes esferas luminosas de distintos colores:

nuestros planetas y lunas. En medio de todo ello arde una bola de fuego: Helios.

Deslizo un palillo de mi bolsillo y lo hago girar. En medio de todas las chispas del rutilante universo, encuentro la estremecedora masa azul, el punto más brillante de la constelación que tiene forma de cangrejo... y extraño mi hogar.

El Planeta Azul.

Cáncer.

Extiendo el brazo, pero mi mano atraviesa el holograma. Una hilera de cuatro orbes grises de menor tamaño flota al lado de mi planeta; si se conectaran, formarían una línea recta. Eso es porque el Cuadrante Lunar es el único momento de este milenio en que nuestras cuatro lunas estarán alineadas.

Nuestra escuela está ubicada sobre la luna más cercana y más grande de Cáncer: Elara. Compartimos esta roca gris con la prestigiosa Universidad del Zodai, que tiene un campus de entrenamiento en cada Casa de nuestra galaxia.

Tengo prohibido activar la Efemeris de la escuela sin que haya un instructor presente. Echo un último vistazo a mi planeta, un bólido donde se entremezclan todos los azules, y me imagino a papá en nuestra espaciosa cabaña, ocupándose de sus nar-mejas a la orilla del mar de Cáncer. El olor salado del mar me envuelve, y el calor de Helios me calienta la piel, como si realmente estuviera allí...

La Efemeris parpadea, y nuestra luna más pequeña y más lejana desaparece.

Me detengo sobre un punto negro, donde se acaba de extinguir la luz grisácea de Teba... y una por una, las otras lunas también se apagan.

Me vuelvo para inspeccionar el resto de las constelaciones, justo en el instante en que la galaxia entera estalla en una deslumbrante explosión de luz.

La habitación queda totalmente sumida en la oscuridad, hasta que comienzan a aparecer imágenes a mi alrededor.

Sobre los muros, el cielorraso, los bancos: todas las superficies están cubiertas por hologramas multicolores. A algunos los puedo identificar gracias a mis clases, pero hay tantos —palabras, imágenes, ecuaciones, diagramas, gráficos— que es imposible mirarlos todos...

—¡Acólita Rho!

La luz inunda la habitación. Los hologramas desaparecen, y el lugar vuelve a ser un aula común y corriente. La Efemeris descansa inocente sobre el escritorio del profesor.

La instructora Tidus se alza sobre la mesa. Su rostro viejo y regordete siempre tiene un aspecto tan agradable que me cuesta percatarme cuándo la he irritado.

—Te dijeron que esperaras afuera. Ya se te ha advertido sobre este asunto: los acólitos tienen prohibido usar la Efemeris de la escuela sin un instructor, y no se me ocurre para qué necesitas un palillo de batería en un examen.

—Lo siento, señora. —El palillo se detiene en mi mano, y desaparece junto al otro en mi bolsillo.

Colgado detrás de ella se encuentra el único elemento que interrumpe las paredes blancas, el cielorraso blanco y el suelo blanco de la sala: enormes letras escritas con tinta azul, que llevan la advertencia preferida del Zodai: *Confía solo en lo que puedas tocar.*

El decano Lyll irrumpo en la clase. Cuadro los hombros, sorprendida de ver que el director de la Academia estará presente durante mi examen. Ya resulta fastidioso ser la única estudiante que debe rendirlo por segunda vez. Pero hacerlo bajo su férrea supervisión será insoportable.

—Acólita, toma asiento hasta que estemos listos para comenzar. —El decano es alto y delgado, y a diferencia de la instructora Tidus, no tiene un solo rasgo agradable. Creo que se acaba de confirmar que la teoría de Nishi respecto de que querían saber más sobre mi visión es absolutamente errada.

Me deslizo sobre una silla; me encantaría que la sala tuviera una ventana. La Madre Orígene, la Guardiania de

nuestra Casa, aterrizó hace menos de una hora con su Consejo de Asesores y la Guardia Real del Zodai. Me gustaría por lo menos echarles un vistazo.

Este año mis amigos y yo nos graduamos, así que la Academia ya envió nuestros certificados analíticos para que sean evaluados por la Universidad del Zodai. Solo serán aceptados los acólitos que estén entre los mejores alumnos de la clase.

Los mejores graduados de la Universidad son invitados a ser miembros de la Orden del Zodai, la fuerza de paz de nuestra galaxia. Los mejores entre los mejores son reclutados para formar parte de la Guardia Real del Guardián, el más alto reconocimiento del Zodai.

Cuando era menor, soñaba con formar parte algún día de la Guardia Real. Hasta que me di cuenta de que ese sueño no era el mío.

—Dado que la celebración de esta noche se celebra en nuestra luna —dice el decano—, habrá que apurar este trámite.

—Sí, señor. —Me muero de ganas de tomar mis palillos. Camino hacia el centro de la sala, al tiempo que el decano activa la Efemeris.

—Por favor, haz una lectura general del Cuadrante Lunar.

La habitación vuelve a quedar completamente a oscuras, y se encienden las doce constelaciones. Espero hasta que se complete todo el Zodíaco, y luego trato de acceder a mi Centro, el primer paso para hacer una lectura de las estrellas.

La Efemeris es un instrumento que refleja el espacio en tiempo real, pero cuando estamos centrados puede ser usada para acceder a la Red Psi o al Consciente Colectivo, donde no estamos limitados al mundo físico. Donde podemos leer lo que está escrito en las estrellas.

Centrarse significa relajar tanto la vista que me pongo bizca, como si mirara un estereograma. Luego traigo a la mente lo que sea que me dé más paz interior. Puede ser un

recuerdo, un movimiento, una historia, lo que sea que toque mi alma de una forma particular.

De pequeña, mamá me enseñó un antiguo arte que los primeros Zodai empleaban para acceder a su Centro. Transmitido desde civilizaciones ya olvidadas, el yarro es una serie de posturas pensadas para imitar las doce constelaciones del Zodíaco. Los movimientos alinean el cuerpo y la mente con las estrellas, y se supone que cuanto más se practica, más fácil es Centrarse. Pero cuando mamá se marchó, dejé de practicarlo.

Fijo la mirada en los cuatro orbes grises que flotan al lado de Cáncer, pero no puedo relajar la vista. Estoy demasiado preocupada por que Teba vuelva a desaparecer. Allí trabaja mi hermano Stanton.

Los cancerianos somos conocidos por nuestro gran sentido de la protección y por defender los valores de la familia. Se supone que tenemos que poner los intereses de quienes amamos por encima de los propios. Sin embargo, uno tras otro, mi madre, mi hermano y yo abandonamos a papá. Abandonamos nuestro hogar.

—Cuatro minutos.

Saco el palillo de mi bolsillo y lo giró sobre las puntas de los dedos hasta que el movimiento me relaja. Después comienzo a tocar mentalmente mi última composición. Siento que con cada nueva interpretación el ritmo se intensifica. Al final, no puedo oír nada más.

Después de un intervalo que parece eterno, pero que podrían haber sido solo unos minutos, mi mente se comienza a elevar, más arriba, hacia Helios. Las luces de la constelación del Cangrejo comienzan a reorganizarse, reconfigurando su lugar en el cielo. Nuestras cuatro lunas— Elara, Orión, Galene y Teba— se desplazan a la posición que ocuparán en el futuro, el lugar en donde estarán en algunas horas, para el Cuadrante Lunar.

Mis instructores no pueden ver el movimiento porque solo sucede en la Red Psi, así que está limitado a mi mente. El

nivel de habilidad y destreza alcanzadas determinan cuánto y hasta dónde puede ver un Zodai cuando está Centrado. Por eso, las visiones del futuro son únicas para cada uno.

Una vez que las estrellas del mapa holográfico se han realineado, sus trayectorias dejan un leve rastro en el espacio que desaparece rápidamente. Es posible medir estos movimientos con un Astralador, y plantear los números en forma de ecuación, pero si tengo que resolver la x , el Cuadrante Lunar habrá terminado antes de que lo pueda predecir. Y, tal como señaló el decano Lyll, estamos apurados...

Me concentro lo más que puedo y enseguida sintonizo con un débil ritmo que me llega desde lejos y resuena débilmente en mis oídos. Parece el redoble de un tambor, o un pulso. Tiene un ritmo lento y ominoso, como si algo se estuviera acercando a nosotros.

Y luego aparece la visión, la misma visión que se me aparece hace una semana: una masa negra incandescente, que apenas se distingue del espacio, impulsándose por la atmósfera a la altura de la Casa Doce, la de Piscis. Su influjo parece deformar el Cangrejo de nuestra constelación.

El problema con bucear tan profundo en mi mente sin un astralador es que no hay manera de distinguir las advertencias que provienen de las estrellas de las que son manifestaciones propias.

Teba vuelve a desaparecer.

—Hay un mal presagio —digo sin poder evitarlo—. Una peligrosa oposición entre las estrellas.

La Efemeris se apaga, y las luces se prenden. El decano Lyll me mira con el gesto ceñudo.

—Qué tonterías. Muéstrame tu trabajo.

—Me... olvidé mi astralador.

—¡Ni siquiera has hecho el trabajo de matemática! —Se vuelve furioso hacia la instructora Tidus—. ¿Se trata de una broma?

La instructora Tidus se dirige a mí desde la otra punta de la clase.

—Rho, el hecho de que siquiera estemos aquí en este momento debería ser un indicio de lo decisiva que resulta esta prueba. Nuestros más importantes planes a largo plazo —cómo invertimos, dónde construimos, lo que plantamos en nuestras granjas— dependen de la capacidad de realizar una lectura precisa de las estrellas. Creí que te tomarías esta instancia más seriamente.

—Lo siento —digo, y la vergüenza me invade tan rápido como el veneno de una Maw.

—Tus métodos poco ortodoxos te están fallando, y ahora espero que hagas tus ejercicios de matemática como el resto de tus compañeros.

Hasta los dedos de mis pies deben de estar rojos.

—¿Puedo ir a buscar mi astralador?

Sin responder, el decano Lyll abre la puerta y lanza un grito en el corredor:

—¿Alguien tiene un astralador que le pueda prestar a una acólita que no vino preparada?

Se acercan pisadas regulares y medidas, y un hombre entra en la clase, con algo pequeño entre las manos. Reprimo un grito de sorpresa.

—¡Polaris Mathias Thais! —resuena la voz del decano Lyll, y extiende los puños para tocárselos, nuestro saludo tradicional—. ¡Qué maravilla tenerte nuevamente en nuestra luna para la celebración!

El hombre asiente pero no dice nada. La primera vez que lo vi fue hace casi cinco años, cuando él seguía siendo estudiante de la Universidad del Zodai. Yo tenía doce años, y acababa de comenzar en la Academia. Extrañaba demasiado las alegres olas del mar de Cáncer como para poder dormir más de un par de horas cada noche, así que pasé el resto del tiempo explorando el complejo residencial que compartimos con la Universidad, que tiene el tamaño de una ciudad y está completamente cercado.

Fue así que descubrí el solárium. Está al final del complejo residencial, del lado de la Universidad: una amplia sala con paredes vidriadas que se curvan para formar un cielorraso vidriado. Recuerdo haber entrado y quedarme estupefacta al ver a Helios. Cerré los ojos y dejé que los gigantes rayos rojos y naranjas me calentaran la piel... hasta que oí un ruido detrás de mí.

A la sombra de una elaborada escultura de piedra lunar, tallada con la forma de nuestra Guardiana, había un hombre. Estaba meditando con los ojos cerrados, y reconocí su postura de meditación en el acto: estaba practicando yarrot.

Regresé al día siguiente con un libro para leer, y estaba otra vez allí. De ahí en más, se transformó en un ritual. Algunas veces, estábamos solos; otras, había más personas. No hablábamos nunca, pero por algún motivo estar cerca de él o sencillamente estar otra vez en presencia del yarrot me calmaba los nervios y se me hacía más llevadero estar tan lejos de casa.

—Ese es un astralador maravilloso —dice el decano, al ver el instrumento que el Polaris le extiende—. Dáselo a la acólita Rho.

Cuando se vuelve hacia mí por primera vez, trago nerviosa.

En sus ojos azul índigo se adivina la sorpresa. *Me conoce*. Un tibio calor se propaga por mi piel, como si Helios estuviera derramando su luz sobre mí una vez más.

El Polaris debe de tener veintidós años. Ha crecido... Su cuerpo delgado tiene una contextura más fuerte, y su cabello negro ondulado está corto y prolijo, como los otros hombres del Zodai.

—Por favor, que no se te caiga —dice con un tono de barítono suave, una voz tan musical que mis huesos se ponen a vibrar.

Me pasa su astralador de nácar, y nuestras manos se rozan. El contacto me produce un hormiguelo en el brazo.

Luego, con un tono de voz tan bajo que solo yo puedo oírlo, añade:

—Es una reliquia de la familia.

—Te lo devolverá apenas termine su examen... y en perfecto estado. —El decano Lyll no me mira—. Su nota dependerá de que lo devuelva en buenas condiciones.

Antes de que pueda decir una sola palabra en su presencia, el Polaris se vuelve y sale de la clase. Fantástico: ahora cree que soy muda.

—Otra vez —dice el decano. La impaciencia se cuela en su tono parco.

La Efemeris se adueña de la clase. Una vez que me he Centrado y las lunas se han alineado, extendiendo el brazo con el instrumento cilíndrico en la mano, con cuidado, y lo apunto hacia los arcos de trayectoria que se van apagando. Los cancerianos tienen una memoria excelente, y la mía es buena incluso según nuestros parámetros, así que no necesito escribir los números. Cuando he tomado todas las mediciones necesarias —las suficientes para hacer una predicción sobre esta noche—, el decano apaga la Efemeris.

Sigo en plena tarea de cálculos cuando suena el cronómetro. Cuando termino, me doy cuenta de que el decano tenía razón: no hay oposición de las estrellas.

—Los resultados parecen estar bien —dice con aspereza—. ¿Ves cuánto mejor te desempeñas cuando sigues las instrucciones y empleas los equipos adecuados?

—Sí, señor —digo, aunque hay algo que me sigue molestando—. Señor, ¿qué pasaría si el astralador solo nos da una visión a corto plazo? ¿Podría ser que esta vez no vi el presagio porque la turbulencia aún no está cerca de nuestras lunas, y sigue en el extremo más lejano del espacio? ¿No estaría el astralador inhabilitado para sondear un lugar tan alejado?

El decano suspira.

—Más tonterías. Pero bueno. Al menos pasaste —aún sacudiendo la cabeza, abre la puerta de un tirón y dice—:

Instructora Tidus, la veré en la celebración.

Cuando nos hemos quedado a solas, mi profesora me sonríe:

— Cu ntas veces te lo tenemos que decir, Rho? Tus teorías ingeniosas e historias imaginativas no tienen cabida en la ciencia astrológica.

—S , señora. —Inclino la cabeza, y espero que tenga razón.

—Tienes talento, Rho, y no te quiero desalentar. —Se acerca mientras habla hasta que estamos cara a cara—. Piensa en tu batería. Primero, tuviste que aprender los principios básicos antes de crear tus *riffs*. Aquí aplicamos el mismo principio: si ensayas todos los días sobre tu Efemeris de práctica con un astralador, estoy segura de que verás una gran mejora en tu aritmética y en tu técnica.

Al ver la compasión en su mirada, tengo vergüenza por no haber hecho ningún esfuerzo para usar mejor el astralador. Lo que sucede es que su insistencia con las prácticas diarias me recuerdan demasiado a mi madre, y me gustaría tener esos recuerdos enterrados.

Pero saber que decepcion  a mi mentora duele tanto como los recuerdos.

Corro a toda velocidad a mi cápsula estudiantil para cambiarme. Estoy demasiado atrasada para buscar al Polaris y devolverle su astralador. Tendr  que buscarlo después de la celebración.

La puerta se destraba al tocarla, y me quito el uniforme azul de la Academia para ponerme el traje espacial sin estrenar —negro y ceñido al cuerpo— que me compr  yo misma como regalo de cumpleaños anticipado. A Nishiko se le va a volar la cabeza cuando me vea.

Antes de salir, consulto mi Onda, un pequeño instrumento dorado con forma de almeja. Los cancerianos creemos que

el conocimiento es como el agua: fluye y está en permanente cambio, así que llevamos una Onda a cuesta. Se trata de un modo interactivo de registrar, repasar y enviar información. En el instante en que la abro, surgen datos holográficos que se desparraman a mi alrededor: titulares de diarios, mensajes de amigos, actualizaciones de mi agenda.

Hace un rato, cuando la instructora Tidus apagó su Efemeris, solo alcancé a echar un breve vistazo a los hologramas de su aula. Pero fue lo suficiente como para que uno me quedara grabado.

¿De dónde venimos? —pregunto.

El enorme diagrama holográfico que vi anteriormente se materializa en el aire, más grande que todos los demás. Representa un éxodo antiguo de un mundo lejano y perdido en el tiempo, un mundo llamado Tierra.

Los arqueólogos creen que nuestros antepasados han venido de allá, y el dibujo los representa llegando a nuestra galaxia a través de Helios — aunque nadie cree realmente que hayan llegado así. A medida que la Onda repasa nuestra historia, se materializa una imagen de las doce constelaciones. Solo que en el holograma de la instructora Tidus no eran doce.

Eran trece.

2

—¡Rho! —El rostro de Nishi irrumpe en medio de todos los datos, y salto unos metros hacia atrás. Por los sonidos de fondo adivino que ya se encuentra sobre el escenario.

—¡Lo sé, lo sé, ya voy! —le respondo.

Ella extiende las manos como si quisiera estrangularme y parece tan real que casi me agacho, pero sus dedos holográficos pasan a través de mi cuello.

El saludo tradicional del Zodíaco, que consiste en tocarse las manos, se estableció cuando se hizo difícil distinguir el holograma de la mano real. Nuestros profesores siempre nos están recordando que los hologramas pueden ser manipulados y falsificados, y quienes cayeron víctimas del fraude de identidad han perdido fortunas, incluso vidas. Pero es un delito tan excepcional que el axioma *Confía solo en lo que puedas tocar* se ha vuelto más superstición que una amenaza real.

Los hologramas desaparecen cuando guardo la Onda dentro del guante, tomo el estuche de mi instrumento y me pongo el traje negro y casco. Al salir de la Academia, floto prácticamente ingrávida en un clima bajo cero. Delante de mí se extiende una llanura de polvo gris, donde una multitud comienza a congregarse alrededor de un escenario bajo un domo de cristal. El cristal está completamente oscuro, por lo que todavía nadie puede ver el interior.

Levanto la mirada al cielo; nuestras otras tres lunas están alineadas y brillan como faros. Sigo perturbada por la visión de la Efemeris, y por un instante la luz de Teba parece parpadear. Decido olvidarme del tema y me dirijo hacia el domo.

Por la escasa gravedad lunar, reboto dando largos saltos hacia adelante, como si estuviera volando. La multitud que